

Termidor y antisemitismo

León Trotsky
22 de febrero de 1937

(Versión al castellano desde “Thermidor et l’antisémitisme”, en *Oeuvres* Tomo 12, (dir. Pierre Broué), Publications de l’Institut Léon Trotsky – EDI, París, 1982, páginas 342-351; también para las notas)

Cuando se realizaba el último proceso de Moscú señalé, en una de mis declaraciones, que, en su lucha contra la Oposición de Izquierda, Stalin explotaba las tendencias antisemitas latentes en el país. A causa de ello recibí numerosas cartas y preguntas muy ingenuas (no hay motivos para ocultar la verdad). “¿Cómo se puede acusar a la Unión Soviética de antisemitismo? Si la URSS es un país antisemita la verdad es que es para desesperarse.” Esta era la nota dominante de esas cartas. Quienes las escribieron lanzaban grandes gritos y no comprendían nada porque están acostumbrados a oponer el antisemitismo de los fascistas con la emancipación de los judíos llevada a cabo por la revolución de octubre. Tienen la impresión que rompo un encantamiento. Tal forma de razonar es característica de gente que vive con ideas prestadas y con un pensamiento no dialéctico. Viven en un mundo de abstracciones inmutables. Sólo ven en él lo que les conviene: Alemania es el reino absoluto del antisemitismo mientras que la URSS, por el contrario, es el de la armonía entre las naciones. Las contradicciones de la vida, los cambios y las transiciones de una etapa a otra, en una palabra, los verdaderos procesos históricos, escapan a su atención superficial.

Pienso que todavía no se ha olvidado que en los tiempos de la Rusia zarista el antisemitismo era moneda corriente entre los campesinos, la pequeña burguesía de las ciudades, los intelectuales y las capas más atrasadas de la clase obrera. La “Madre Rusia” era celebre no solamente por la repetición de los pogromos contra los judíos, sino, también, por la existencia de una masa de publicaciones antisemitas que gozaban entonces de una amplia difusión. La revolución de octubre abolió el estatuto de fuera de la ley que estigmatizaba a los judíos. Ello no significa, sin embargo, que sea posible barrer de un solo golpe el antisemitismo. Una lucha larga y encarnizada contra la religión no ha logrado impedirles a los fieles apretujarse en masa en millares y millares de iglesias, mezquitas y sinagogas. Lo mismo ocurre con los prejuicios nacionales. La legislación por sí sola no cambia a los hombres. Su mentalidad, sus afectos, vienen condicionados por la tradición, su modo de vida, su nivel cultural, etc. El régimen soviético cuenta con veinte años a penas. La antigua generación fue educada bajo el régimen zarista. La nueva ha heredado mucho de la antigua. Esas condiciones históricas generales tendrían que hacer comprender a todos aquellos que piensan que, a pesar a la legislación modelo de la revolución de octubre, es imposible que los prejuicios nacionales, el chovinismo y, sobre todo, el antisemitismo, se hayan mantenido con vigorosa perseverancia en las capas más atrasadas de la población.

Pero esto no es todo, ni mucho menos. En realidad, el régimen soviético ha desatado toda una serie de fenómenos nuevos que, a causa de la pobreza y bajo nivel cultural de la población, eran susceptibles de suscitar de nuevo, y efectivamente han suscitado, arrebatos de antisemitismo. Los judíos son una población típicamente urbana. Representan un porcentaje importante de la población de las ciudades de Ucrania, Bielorrusia e, incluso, de la gran Rusia. Los sóviets, más que cualquier otro régimen del mundo, necesitan muchos funcionarios. Se les recluta entre la fracción más instruida de

la población de las ciudades. De forma completamente natural, los judíos han ocupado un lugar desproporcionadamente importante en relación con su propio número en la burocracia, sobre todo en los escalones intermedios e inferiores. Por supuesto que se puede cerrar los ojos ante esta realidad y contentarse con vagas generalizaciones sobre la igualdad y fraternidad de todas las razas. Pero la política del avestruz no nos hará avanzar ni un paso. El odio de los campesinos y los obreros a la burocracia es una realidad fundamental de la vida soviética. El despotismo del régimen, la persecución que golpea cualquier crítica, el ahogamiento de cualquier pensamiento vivificante, el aparato judicial por fin, son el reflejo de esta realidad fundamental. Incluso razonando *a priori*, es imposible no llegar a la conclusión que el odio a la burocracia se tiñe de antisemitismo, al menos en las regiones donde los funcionarios judíos representan un porcentaje elevado de la población. En 1923, en la conferencia del Partido Bolchevique ucraniano, sugerí que se exigiese a los funcionarios el conocimiento escrito y hablado de la lengua de la población local. ¡Cuántos comentarios irónicos saludaron esta propuesta, sobre todo de parte de la intelectualidad judía que hablaba y leía corrientemente el ruso y no tenía ningunas ganas de aprender ucraniano! Es necesario reconocer que la situación ha mejorado mucho al respecto. Pero la composición nacional de la burocracia ha cambiado poco, y, hecho infinitamente más importante, el antagonismo entre la población y la burocracia se ha exacerbado monstruosamente durante los últimos diez o doce años. Todos los observadores honestos y serios, sobre todo aquellos que viven entre las masas trabajadoras desde hace mucho tiempo, rinden testimonio de la existencia no solamente del viejo antisemitismo hereditario, sino, también, de su nueva variante “soviética”.

La burocracia soviética se desarrolla en un campo restringido. Trata con todas sus fuerzas de romper su aislamiento. La política de Stalin viene dictada al menos en un cincuenta por cien por esa necesidad. Consiste en:

- a) Una demagogia psuedosocialista (“El socialismo ya se ha realizado. Stalin nos ha dado, nos da y nos dará una vida feliz”), etc.
- b) En medidas económicas y políticas tendientes a reunir alrededor de la burocracia a una amplia capa de una nueva aristocracia (salarios desproporcionadamente elevados a los estajanovistas, grados militares, títulos honoríficos, nueva “movilidad”, etc.);
- c) Alentar el chovinismo y los prejuicios de las capas atrasadas de la población.

El burócrata ucraniano, si es originario de Ucrania, en los momentos críticos tratará inevitablemente de resaltar que es hermano del *mujic* y del campesino, y no una especie de extraño, en cualquier caso, no un judío. Por supuesto que, desgraciadamente, no hay ni sombra de socialismo ni, incluso, de democracia elemental en esta actitud. Pero este es, precisamente, el meollo de la cuestión. La burocracia privilegiada, temiendo por sus privilegios y, en consecuencia, completamente desmoralizada, representa ahora la *capa más antisocialista y más antidemocrática de la sociedad soviética*. En su lucha para sobrevivir explota los prejuicios más anclados y los instintos más sombríos. Si Stalin ha organizado en Moscú procesos en los que se acusa a los trotskystas de conspirar para emponzoñar a los trabajadores, no es difícil imaginarse a qué inmundas profundidades puede caer en los recónditos rincones de Ucrania o Asia Central.

Siguiendo atentamente la vida soviética, aunque solo sea a través de las publicaciones oficiales, se podrá ver de vez en cuando la revelación, aquí y allí por el país, los tumores monstruosos de la burocracia: sobornos, corrupción, desvío de fondos, asesinato de personas que molestan a la burocracia, violación de mujeres y otros hechos semejantes. Si se practica una incisión vertical, se descubrirá que esos tumores han medrado en la capa burocrática. Moscú se ve obligado de vez en cuando a recurrir a procesos para entretener a la galería. En todos los procesos de ese tipo, los judíos están

presentes inevitablemente en una importante proporción, en parte porque, como ya hemos dicho, constituyen una fracción importante de la burocracia y están marcados por la reprobación del medio que les rodea, y en parte también porque, empujados por el instinto de conservación, los cuadros dirigentes de la burocracia, en el centro y en las provincias, hacen lo posible para desviar hacia los judíos la indignación de los trabajadores. Cualquier observador crítico de la URSS ya conoce esta realidad desde hace diez años, cuando el régimen de Stalin no había todavía revelado a penas sus rasgos fundamentales.

La lucha contra la Oposición de Izquierda era para la camarilla dirigente una cuestión de vida o muerte. El programa, los principios, los lazos con las masas, todo fue lanzado por la borda a causa de la impaciencia de la camarilla dirigente para asegurarse su preservación. Nada detiene a esta gente cuando se trata de conservar sus privilegios y poder. Recientemente, el mundo entero ha sido informado de que mi hijo pequeño, Serguei Sedov, ha sido acusado de haber conspirado para el emponzoñamiento en masa de los trabajadores. Todo individuo normal llegará a la conclusión: gente capaz de lanzar semejante acusación ha alcanzado el último grado de la degradación moral. ¿Es posible en este caso dudar, ni por un momento, que esos mismos acusadores son capaces de alentar los prejuicios antisemitas entre las masas? Precisamente en lo concerniente a mi hijo se ven reunidas esas dos perversiones. Vale la pena tomar en consideración su caso. Desde el día de su nacimiento, mis hijos han llevado el nombre de su madre (Sedov). Jamás han utilizado ningún otro nombre (ni en la escuela primaria, ni en la universidad, ni más tarde). En cuanto a mí, desde hace 34 años llevo el nombre de Trotsky. Durante el período de los sóviets, nadie me llamó jamás por el nombre de mi padre (Bronstein), igual que jamás nadie llamó a Stalin Djugachvili. A fin de no obligar a mis hijos a cambiar de nombre, yo, para ajustarme a las exigencias de la “ciudadanía”, tome el nombre de mi esposa (lo que, de acuerdo con la ley soviética, es rigurosamente legal). Y, sin embargo, cuando mi hijo Serguei Sedov fue objeto de la increíble acusación de haber conspirado para envenenar a los trabajadores, la GPU anunció en la prensa soviética y extranjera que el verdadero nombre de mi hijo no era Sedov, sino Bronstein. Si esos falsificadores hubiesen querido resaltar los lazos del acusado conmigo le habrían llamado Trotsky, pues políticamente el nombre de Bronstein no le dice nada a nadie. Pero tenían otra idea en mente: de hecho, querían señalar mi origen judío y el semijudío de mi hijo. Me he detenido en este episodio porque tiene un carácter de capital importancia, y, sin embargo, nada excepcional. Toda la lucha contra la Oposición de Izquierda está llena de episodios de ese tipo.

Entre 1923 y 1926, cuando Stalin todavía era, junto a Zinóviev y Kámenev, miembro de la *troica*, se usaba el antisemitismo discretamente y con precaución. Los oradores celosos en particular (Stalin ya combatía a sus aliados por bajo mano) decían que los partidarios de Trotsky pertenecían a la pequeña burguesía de las “pequeñas ciudades”, sin precisar su raza. De hecho, esto era falso. El porcentaje de intelectuales judíos no era en absoluto más elevado en la Oposición que en la burocracia y el partido. Es suficiente con citar a los dirigentes de la Oposición durante los años 1923-1925: Smirnov, Serebriakov, Rakovsky, Preobrazhensky, Krestinsky, Muralov, Belodorodov, Mrachkovsky, V. Yakovleva, Sapronov, V. M. Smirnov, Ichtchenko¹ (todos rusos de pura

¹ I. N. Smirnov, n. 11, p. 34 [*Oeuvres*] (1881-1936), obrero mecánico, era miembro del partido desde 1899, bolchevique desde 1903, apodado “la conciencia del partido” había dirigido la soviétización de Siberia. Miembro de la Oposición a partir de 1923 y uno de sus dirigentes desde 1923, había capitulado en octubre de 1929 de forma menos deshonrosa que otros. Director de la fábrica de automóviles de Nijni-Novgorod (llamada Gorky desde 1932), se había reunido con Sedov en Berlín en 1931 y aceptado el inicio de contratos. El pequeño grupo de “trotskistas capituladores” que animaba estuvo en el origen de la formación en 1932 del “Bloque de los opositores”. Fue arrestado a fines de ese año, poco después de haberle confiado a su colaborador Holzman un mensaje para Sedov e informaciones para el *Bulleten Oppsitsii*.

cepa). En aquellos momentos, Radek solo era todavía un semisimpatizante. Pero, igual que en los procesos a funcionarios venales y otros indecentes, la burocracia, en el mismo momento en que la Oposición fue expulsada del partido, puso deliberadamente el acento en los nombres de simples miembros judíos de la Oposición que sólo ejercían en ella un papel muy secundario. Se discutió muy abiertamente sobre esta actitud en el partido y, desde 1925, la Oposición vio en esta situación el síntoma infalible del declive de la camarilla dirigente.

Tras el alineamiento de Zinóviev y Kámenev con la Oposición², la situación empeoró por completo. Se presentó entonces una excelente ocasión para anunciarles a los

Uno de los objetivos de la acusación en el proceso de Moscú era hacer aparecer como “terrorista” la alianza que se había establecido en 1932 en la URSS contra Stalin]. Serebriakov, n. 5, p. 61 [*Oeuvres*] Leonid P. Serebriakov (1888-1937), bolchevique en 1905, fue miembro del CC y su secretario de 1919 a 1921. Rakovsky, n. 25, p. 147 [*Oeuvres*]. Khristian G. Rakovsky (1876-1942), viejo revolucionario de los Balcanes que se unió a los bolcheviques en 1917, había sido presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania hasta 1923, miembro del CC hasta 1925. Amigo personal de Trotsky, uno de los principales dirigentes de la Oposición de Izquierda, había sido deportado en 1928 y no había capitulado hasta 1934 bajo condiciones de detención muy duras. Gravemente enfermo (cardíaco) era objeto de amenazas y persecuciones, así como también de humillaciones destinadas a impedirle suicidarse. Parece que fue arrestado poco después de este artículo [“Nueva amalgama en Moscú. Tres procesos”, 22 de enero de 1937]. Piatakov, n. 2, p. 130. [*Oeuvres*], (1890-1937), hijo de un industrial ucraniano, primero anarquista, se hizo bolchevique en 1910. Ligado a Bujarin, polemizó contra Lenin durante la guerra sobre la cuestión nacional. Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania en 1918, partidario de los “comunistas de izquierda” junto a Bujarin en 1919, también había sido Presidente del Tribunal Supremo y Vicepresidente del Consejo de Economía. Miembro de la Oposición de Izquierda a partir de 1923, estaba en misión en los Estados Unidos cuando se decidió a hacer una declaración de capitulación. Se le hizo esperar para reintegrarlo, pero en 1930 volvió al CC al lugar que había ocupado ya de 1921 a 1927. Era Vicecomisario de la Industria Pesada. Los acusados habían mencionado su nombre en el proceso de Moscú en agosto y en testimonio en el de Novosibirsk en noviembre. Verosímilmente fue arrestado tras el proceso de los dieciséis a pesar de haber firmado una carta reclamando la pena de muerte para ellos. Preobrazhensky, n. 8, p. 120 [*Oeuvres*] [(1886-1937) formó parte del grupo dirigente de la Oposición de Izquierda desde 1923 hasta fines de 1927. A. Beloborodov, obrero bolchevique desde 1907, había asumido en 1918 la responsabilidad de la ejecución del zar y de su familia. Miembro del CC de 1919 a 1920, había sido Comisario del Pueblo de Interior de la RSFSR hasta su expulsión del partido junto a los otros miembros de la Oposición, de la que era uno de sus dirigentes desde 1923. Capituló en 1929 junto a I. N. Smirnov. En el segundo proceso se mencionó su nombre, cuando ya había sido arrestado: parece que tuvo la “suerte” de suicidarse en la prisión poco después. Sobre Mrachkovsky, cf. n. 13, p. 52 [*Oeuvres*]. (1888-1936), viejo bolchevique que había detentado altas responsabilidades en el Ejército Rojo y había estado destacado cerca de Trotsky, estaba en la Oposición desde 1923 y había capitulado en 1929 junto a Smirnov. En el proceso de 1936, Smirnov quedó abrumado particularmente ante las declaraciones de su antigua esposa Safonova. Timotei Saprónov (1887-1941), obrero, bolchevique desde 1912, organizó la insurrección de octubre en Moscú. Miembro de la oposición llamada “centralismo democrático (decistas), había sido expulsado y deportado en 1928. Según las noticias traídas por Victor Serge en 1936, habría intentado una maniobra que se volvió contra él, la de una falsa capitulación. Vladimir M. Smirnov (1887-1938), bolchevique desde 1906, muy ligado a Saprónov, había ejercido también un gran papel en Moscú en 1917, después estuvo a la cabeza del grupo decista. Condenado en numerosas ocasiones tras su deportación en 1928, se había quedado ciego. Varvara N. Yakovleva (1885-1944) había militado desde su adolescencia y sufrido numerosos años de prisión o deportación; dirigente del partido en Moscú en 1917, había formado parte del colegio de la Checa a partir de julio de 1918, después, en 1920 había formado parte del buró siberiano del partido. “Comunista de izquierda” en 1918 había apoyado a Trotsky en la discusión sindical en 1920-1921, firmado en 1923 la “declaración de los 46” [ver en estas mismas *EIS El nuevo curso (y anexos)*, página 54 y siguientes del formato pdf] y militado en la Oposición hasta 1926 cuando rompió con ella. Eso no impidió que desapareciese inmediatamente después de ser arrestada. Sobre Aleksandr G. Ichtchenko solamente sabemos que se había hecho bolchevique en 1917. En el momento de su expulsión del partido en 1927, era suplente en Moscú del Buró Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja. En 1929 ejerció un papel importante arrastrando a Radek, Preobrazhensky y Smilga a la vía de la capitulación.

² Zinóviev y Kámenev (aliados de Stalin en la *troica* combatieron a Trotsky en 1923-1924) constituyeron en 1925 la “Nueva Oposición” contra Stalin y Bujarin. Vencidos a principios de 1926, unieron entonces su

trabajadores que a la cabeza de la Oposición se encontraban tres “intelectuales judíos descontentos”. Bajo la dirección de Stalin, Uglanov³, en Moscú, y Kirov, en Leningrado, aplicaron sistemáticamente y casi abiertamente esta línea. A fin de demostrarles más claramente a los trabajadores las diferencias entre el “nuevo” curso y el “viejo”, se eliminó a los judíos de los puestos de responsabilidad en el partido y en los sóviets, incluyendo a quienes estaban entregados a la línea de la mayoría. No solamente en el campo, sino también en las fábricas de Moscú, el hostigamiento contra la Oposición tomó a menudo desde 1926 un carácter completa y abiertamente antisemita. Numerosos agitadores afirmaban descaradamente que “los judíos se amotinan”. Recibí centenares de cartas que deploraban los métodos antisemitas utilizados en la lucha contra la Oposición. Durante una reunión del buró político le hice llegar a Bujarin una nota: “No debe ignorar usted que incluso en Moscú se utilizan en la lucha contra la Oposición los métodos demagógicos de las Centurias Negras⁴, el antisemitismo, etc.” Escribí, además: “no se trata de casos individuales, sino de una agitación sistemática de los secretarios del partido en las grandes empresas de Moscú. ¿Acepta usted ir a investigar conmigo un caso de ese tipo en la fábrica *Skorojod*? Conozco multitud de otros ejemplos de este tipo.” Bujarin me respondió: “De acuerdo, iremos allí.” Traté en vano de hacerle cumplir su promesa. Stalin se lo prohibió formalmente. Durante los meses en que se preparaba la expulsión de la Oposición de Izquierda de las filas del partido, los arrestos y deportaciones (en la segunda mitad de 1927), la agitación antisemita adquirió un ritmo desenfrenado. La consigna “hay que expulsar a la Oposición” venía acompañada a menudo de resonancias de la antigua consigna: “Hay que aplastar a los judíos para salvar a Rusia.” El asunto fue tan lejos que Stalin se vio obligado a tomar posición en una declaración escrita y que se publicó, en ella decía: “Nos batimos contra Trotsky, Zinóviev y Kámenev, no porque sean judíos, sino porque son opositores, etc.” Para cualquier individuo que razonase políticamente quedaba claro que esta declaración voluntariamente ambigua dirigida contra los excesos del antisemitismo estaba deliberadamente destinada a alimentarlo. “No olvidéis que los dirigentes de la Oposición son judíos”: tal era el sentido de la declaración de Stalin publicada en todos los diarios soviéticos. Cuando la Oposición se adentró en una fase más decisiva y abierta para hacer frente a la represión, Stalin, en un exabrupto significativo, le dijo a Piatakov y Preobrazhensky: “Ustedes al menos se baten a cara descubierta. Ello da prueba de su “ortodoxia”. Trotsky trabaja en la sombra y sin descubrirse.” Piatakov y Preobrazhensky me contaron esto con un profundo disgusto. Decenas de veces, Stalin intentó oponerme al nudo “ortodoxo” de la Oposición.

El periodista revolucionario alemán muy conocido, director de *Aktion*, Franz Pfemfert⁵, actualmente en el exilio, me escribía en 1936:

“Puede ser que usted se acuerde de que hace muchos años en *Aktion* yo escribía que muchos de los actos de Stalin podían explicarse por su antisemitismo. El hecho de que en numerosos procesos lograrse, a través de Tass, rectificar los nombres de Zinóviev

grupo (esencialmente militantes de Leningrado) a la Oposición de 1923, “trotskysta”, para constituir la “Oposición Conjunta” a la que se unirían otros grupos de oposición. Se trató de un intento de fusión.

³ Nikolay A. Uglanov (1886-1940), hijo de campesinos, había comenzado en 1921 una carrera de *aparatchik*. Fue él quien expulsó a los zinovievistas del apartado del partido en Moscú en 1926, pero en 1929 fue apartado por “derechista”.

⁴ Nombre que se les dio a inicios del siglo a las bandas de extrema derecha que organizaban particularmente los pogromos antisemitas.

⁵ Franz Pfemfert, carta a Trotsky del 25 de agosto de 1936 (4141). El escritor y antiguo director de *Die Aktion* había abandonado Checoslovaquia bajo la presión de las autoridades y estaba refugiado en Francia.

y Kámenev, representa en sí un gesto del estilo típico de Streicher⁶. A su manera, Stalin les ha dado la señal a todos los elementos antisemitas sin escrúpulos.”

De hecho, era evidente que los nombres de Zinóviev y Kámenev eran más conocidos que los de Radomylsky y Rosenfeld⁷. ¿Qué otros motivos empujaban a Stalin a dar a conocer los “verdaderos” nombres de sus víctimas si no la voluntad de mover los hilos del antisemitismo? Se ha hecho lo mismo, y sin la menor justificación legal como hemos visto, con el nombre de mi hijo. Pero lo más asombroso es que los cuatro terroristas, de los que se me acusa de haberlos enviado desde el extranjero, demostrasen ser judíos y, al mismo tiempo, agentes de la Gestapo antisemita. Como no he visto jamás a ninguno de esos desgraciados, está claro que la GPU los escogió por su origen racial. Y la GPU no actúa por propia iniciativa.

Además: si se practican semejantes métodos en las cúpulas (y ahí la responsabilidad de Stalin no puede ponerse en duda) es fácil imaginar lo que se filtrará en la base, en las fábricas y, sobre todo, en los koljoses. ¿Cómo podría ser diferente por otra parte? El exterminio físico de la vieja guardia bolchevique solo es, para cualquier individuo capaz de reflexionar, la expresión incontestable de la reacción termidoriana en su estadio más avanzado. La historia jamás ha conocido el ejemplo de una reacción que suceda a un levantamiento revolucionario que no dé rienda suelta a las pasiones chovinistas y, entre otras, al antisemitismo.

Según ciertos “amigos de la URSS”, que yo hable de explosión de las tendencias antisemitas en una gran parte de la burocracia no es más que una maliciosa invención para combatir a Stalin. Es difícil discutir con los “amigos” profesionales de la burocracia. Esta gente niega la existencia de una reacción termidoriana. Toman incluso los procesos de Moscú como moneda contante y sonante. Determinados “amigos de la URSS” visitan ese país con la intención muy asumida de mantenerse sordos a las falsas notas en el concierto. Numerosos de ellos reciben paga por la buena voluntad de no ver más que lo que la burocracia les muestra con el dedo. Pero ¡hay de aquellos trabajadores, aquellos revolucionarios, aquellos socialistas y aquellos demócratas que, según las palabras de Pushkin⁸ prefieran una “ilusión exaltante” a la amarga verdad. Un optimismo revolucionario sano no necesita ilusiones. Hay que ver las cosas tal como son. En la misma realidad es donde hay que encontrar las fuerzas para superar sus aspectos bárbaros y reaccionarios. He ahí la lección del marxismo.

Los supuestos “pontífices” me han acusado de plantear “de golpe” la cuestión “judía” y de buscar así la forma de crear para los judíos una especie de gueto. No puedo más que encogerme de hombros con piedad. Toda mi vida he vivido al margen de los ambientes judíos. Siempre he trabajado en el seno del movimiento obrero ruso. Mi lengua materna es la lengua rusa. Desgraciadamente, incluso ni aprendía a leer la lengua judía. En consecuencia, la cuestión judía nunca ha sido el centro de mi atención. Lo que, por otra parte, no significa que tenga derecho a permanecer con los ojos cerrados ante el problema judío, que existe y exige una solución. Los “amigos de la URSS” se satisfacen con la creación del Birobidyán⁹. No me detendré aquí a considerar si se ha establecido

⁶ Julius Streicher (1885-1946), antiguo profesor convertido en uno de los dirigentes del partido nazi, se distinguía por su violencia y grosería en los ataques antisemitas.

⁷ Radomylsky era el nombre de Zinóviev y Rosenfeld el de Kámenev, lo que *Pravda* recordó durante su proceso...

⁸ Pushkin (1799-1837) ciertamente el más gran poeta de la literatura rusa y uno de los más grandes de la historia mundial, escribió estos versos que a Trotsky le gustaba citar: “La ilusión que eleva es más preciosa que la obscuridad de la amarga verdad.”

⁹ En 1927, los dirigentes soviéticos habían ofrecido a los judíos de la URSS el territorio del Birobidyán, 36.000 kilómetros cuadrados y 1.192 habitantes en la época, destinado a convertirse tras un repoblamiento judío en una república judía.

sobre bases sanas, ni qué tipo de régimen impera allí (el Birobidyán no podría evitar reflejar todos los vicios del despotismo burocrático). Pero no puede existir ni un solo progresista dotado de entendimiento que no le encuentre peros a la atribución por la URSS de un territorio particular para aquellos de sus ciudadanos que se consideren como judíos, que utilicen la lengua judía preferentemente ante otras y que deseen vivir juntos. ¿Se trata o no de un gueto? Durante el período de la democracia soviética, cuando las migraciones eran absolutamente *voluntarias*, no se trataba de guetos. Pero la cuestión judía, por la misma forma en que se ha realizado, establecimiento de colonias judías, adquiere una dimensión internacional. ¿No es justo afirmar que una federación socialista mundial debería hacer posible la creación de un “Birobidyán” para los judíos que desearan tener su propia república, como escenario de su propia cultura? Se puede pensar que una democracia socialista no recurrirá a la asimilación forzosa. Puede ocurrir muy fácilmente que, en dos o tres generaciones, las fronteras de una república judía independiente, tanto como las de muchas otras naciones, serán abolidas. No tengo ni el tiempo ni el deseo de meditar sobre tal asunto. Nuestros descendientes sabrán mucho mejor que nosotros qué tendrán que hacer. Lo que me preocupa es el período de transición durante el cual la cuestión judía, en tanto que tal, se planteará todavía de forma aguda y exigirá las medidas apropiadas por parte de una federación mundial de los estados obreros. Los métodos utilizados para resolver la cuestión judía, que, bajo el capitalismo en su declive tiene un carácter utópico y reaccionario (el sionismo), adquirirán bajo un régimen de federación socialista un significado pleno y saludable. He ahí todo lo que quería señalar. ¿Cómo un marxista o incluso un demócrata coherente puede encontrar en eso algo que objetar?

germinal_1917@yahoo.es

Edicions internacionals Sedov

